RENAN

Señores:

La inauguración del año académico bajo la advocación de Renan, puede llegar a transcender su significado concreto de homenaje a la memoria de uno de los más preclaros maestros del siglo pasado, para asumir toda la solemnidad de un acto simbólico si, aquilatando los motivos de nuestra admiración pará el artífice delicado del nuevo carmen apolíneo en que resonara con tonalidades desconocidas la leyenda del Profeta de Nazaret, tratamos de alcanzar el valor íntimo de la personalidad de Renan, bajo los dos aspectos que pueden mayormente interesar al estudioso actual, es decir: el Renan de la escuela y el Renan del libro.

Problema arduo es el que nos proponemos.

Resolver, en efecto, la anomalía del estridente contraste de dos modalidades excluyentes en el mismo temperamento, requiere un esfuerzo de análisis no común.

Renan maestro es la negación misma de Renan escritor: el primero es el sabio auténtico, al paso que el segundo se esfuma en los contornos indefinidos del vulgarizador popular. ¿Cómo pueden concretarse tan opuestas faces mentales en el mismo espíritu? ¿Ha sido el sabio realmente sabio, o simplemente *amateur*, y el divulgador, ha sido historiador o bien filósofo o bien artista? Y ateniéndonos al fondo mismo del problema: ¿puede un verdadero sabio transformarse en vulgarizador? ¿No hay aquí contradicción insalvable?

Veámoslo.

En la enunciación escueta de la cuestión, menester es reconocer que la contradicción surge ineludible. Pero integrando ambos términos contradictorios en la vida misma del escritor, descúbrese, por la formación de su carácter, la explicación del extraño fenómeno. Ahí está, por otra parte, el secreto de su obra; ahí está, en ese enigma psicológico, la clave para la debida apreciación de la misma, y la razón de su eficiencia contra el embate del tiempo y del prejuicio. Con la intuición finísima que lo distinguía, el mismo Renán pareció haberlo vislumbrado. A esto, tal vez, responde que en sus escritos autobiográficos nos proporcione de ello tan copiosa documentación.

Si, pues, la mentalidad de Renan deber ser estudiada a la luz de su vida, esto significará que su biografía exige un examen hecho con espíritu filosófico. Nada nos dirá, en efecto, quien se limite a repetirnos como nació el gran escritor el 28 de Febrero de 1823 en Tréguier (Côtes du Nord), para desgranar luego los detalles biográficos: su vida de escolar; su ingreso al Seminario de San Nicolás; su traslado a San Sulpicio, primero, y luego a París; sus primeras dudas y luchas internas; su dedicación al estudio del hebreo y de la exégesis alemana con Le Hir; su abandono de la vida eclesiástica; su vida de preceptor privado; sus primeras publicaciones, *Averroé y el Averroísmo* entre ellas; su iniciación como escritor exitista en el *Journal des Savants* y en la *Révue des Deux Mondes;* su incorporación a la Academia; sus trabajos, ya notables, sobre las lenguas semíticas e historia de las Religiones; su *Job* y su *Cántica de Salomón*; luego la *Vida de Jesús,* seguida por la serie de *Los orígenes del Cristianismo*; sus tentativas dramáticas; sus escritos autobiográficos; la *Historia del Pueblo de Israel*; y el término de tan fecunda existencia en el *Collège de France* el 2 de Octubre de 1892. Tenemos aquí, en verdad, el cuadro de una enorme actividad, en el que podemos idealizar la semblanza de ese hombre excepcionalmente dotado por la naturaleza y favorecido por la fortuna, pero nada más. El Renan, el verdadero Renan en es-

píritu y en acción que deseamos comprender, escapa a la simple recordación biográfica, no obstante las acostumbradas amplificaciones retóricas del ditirambo hiperbólico o de la crítica de rutina.

Mas, en cambio, póngase de relieve la circunstancia de su origen gascón por el lado materno y bretón por el paterno, y he ahí un haz de luz arrojado por la biología en la vida del pensador. "Esta complejidad de origen — escribe él mismo — es en gran parte la causa de mis aparentes inconsistencias. Yo tengo una naturaleza doble; una parte de mí mismo sonríe, mientras la otra llora". Ahora bien: en otro lugar nos hace saber que el elemento gascón dominaba en él. ¿Cuándo? Nótese: en los últimos años, los volterianos. En los primeros, los místicos, sentíase bretón genuino. ¿Quién no percibe en esta comprobación todo el ciclo evolutivo de la vida de Renan, el carácter de su labor intelectual, su estilo, su crítica, su actitud en la cátedra, su otra actitud, tan diversa, para con el gran público lector? De todos conocida es la influencia decisiva ejercida sobre él por su hermana Enriqueta. El mismo Renan nos informa que mientras ella viviera tuvo que mantener en sujeción su "hombre gascón". Pero nos dice asimismo que en Enriqueta sobrevivía el espíritu del padre "hombre dulce y melancólico" el cual, a pesar de su profesión de *màrchand-épicier,* pertenecía al número de los bretones que se caracterizan por ese "idealismo que trae consigo el desprecio de la riqueza porque es generalmente adquirida por medios innobles".

Aquí se nos aclara en seguida un lado sombrío del carácter y del pensamiento renanianos. ¿No habrá sido, tal vez, la necesidad de encontrar un compromiso entre los dos hombres que le luchaban en la conciencia, aquello que imprimió sobre su existencia esa mácula de oportunismo espiritual, perennemente flotante entre el arranque místico y el sarcasmo volteriano, y que, forzoso es reconocerlo, afea con excesiva frecuencia su labor, y le resta eficacia? ¿Ha sido escéptico? ¿Ha sido creyente? ¿Ha sido — digámoslo sin eufemismos —

un simulador? Su íntimo amigo el abate Cognat nos lo describe cuando, aun niño, ingresó al Seminario de San Nicolás de Chardonnet: "Su aspecto era pálido y enfermizo. Su cuerpo endeble sostenía una enorme cabeza. Sus ojos, casi siempre bajos, levantábanse solamente para lanzar largas miradas de soslayo. Tímido hasta la cobardía, pensativo hasta la mudez, parecía ser un peso a sí mismo".

Y el propio abate, comentando el pasaje de los *Souvenirs* en el que Renan relata la impresión desfavorable por él recibida a su ingreso en San Nicolás, exclama: "Si tal ha sido la impresión de M. Renan al ingresar al Seminario en 1838, hay que admitir que ha sido un excelente simulador y desempeñó su comedia con habilidad. En la capilla, desde el comienzo del servicio, tomó su lugar entre los más serios y devotos. Por su piedad se singularizó en el concepto de sus compañeros y maestros. No le faltaron, por este motivo, congratulaciones y distinciones. No he olvidado con cuanta emulación vi a mi amigo entre los dignatarios de la Cofradía de la Virgen, mientras yo no había alcanzado, y eso con mucha dificultad, más que el modesto grado de aspirante en la piadosa institución". Y así, consignando otros detalles del pietismo inicial de Renan, termina con estas significativas palabras: "Agrego un detalle aparentemente trivial, sin embargo característico: M. Renan nunca dejaba de introducir una cruz en su firma". ¿Hipocresía? Quizás no tanto. Pero los que tienen conocimiento de la psicología religiosa, saben que los temperamentos pietistas muy rara vez son sinceros.

Otro detalle de destacada importancia en la vida de Renan, ha sido el predominio que tuvieron en ella, según él mismo nos informa, la mujer y el sacerdote, y nada más apropiado para desarrollar las cualidades taimadas en un temperamento predispuesto.

En esta corcunstancia, empero, radican a su vez — sin que haya en ello paradoja — las cualidades opuestas del carácter de Renan.

Mientras éste, en efecto, como escritor es un funámbulo desconcertante, como investigador, como sabio, como maestro es de una seriedad y sinceridad verdaderamente admirables. Es que tanto la mujer como el sacerdote, si gustan, por un lado, agradar a la muchedumbre, si evitan contradecir, chocar, polemizar, obedecer, en una palabra, en cualquier modo al espíritu agresivo, créanse, por el otro, un mundo interno, un *sancta sanctorum* en el que elevan el altar de la verdad, de la sinceridad, de la honestidad, de la pureza de mente y de corazón, que mantienen celosamente inmune de contaminación cerrándolo a la mirada profana de la turba.

Renàn profesor es un solitario, un aristócrata. "Le goût de l'histoire est le plus aristocratique des goûts", manifiesta al iniciar la *Historia del Pueblo de Israel,* es decir, el gusto menos accesible a la muchedumbre. Por eso, en la cátedra, donde hace historia en serio, nunca rebaja la materia al verbalismo atrayente. Un grupo reducido de elegidos, una *élite* de jóvenes con vocación real para los altos estudios, he ahí su clase.

Nada, pues, de extensión universitaria: intensificación en el más alto grado. Y cuando esa *élite* de discípulos le falta, queda en su casa. Tal ha sido su actitud durante dos años seguidos en el *Collège de France,* y cuando a raíz de la publicación de la *Vida de Jesús* el Ministro de Instrucción Pública trató de darle otro destino con el objeto de suprimir una cátedra que, no por carecer de alumnos, resultaba menos peligrosa para la ortodoxia dominante en la Iglesia y en la política, arguyendo la irregularidad de unos honorarios percibidos por clases no impartidas, Renan le enrostró el mezquino concepto de la labor universitaria, rechazando la oferta con la frase lapidaria: *"Pecunia tua tecum sit".* No es, pues, de extrañar que Renan, como maestro, quedara poco menos que desconocido para el público. Tenemos, en este respecto, el testimonio de un sabio profesor argentino, el doctor Ernesto Quesada, quien así describe una de sus clases: ..."al mismo tiempo que (el público) se atropellaba por llenar el anfiteatro

de un Caro o de un Blanc, dejaba desierta la pequeña sala donde enseñaba, distraído cual si estuviera a mil leguas de ahí, cierto robusto anciano, de grueso vientre, cara lampiña, frente anchísima, mirada de águila; y el cual parecía ser, al verle caminar, algún clérigo sin sotana. Era Renan. No le importaba la mucha o poca concurrencia: con un absoluto aplomo y sangre fría envidiables, tomaba la tiza con la mano derecha, metía la izquierda en el bolsillo del pantalón y abordaba tranquilamente el tema de su lección; recuerdo haberle oído explicar lenguas hebrea, caldea y asiria; no entendía yo nada del asunto, pero le oía exponer con tal sencillez, — como si hablara a solas, pareciendo abstraído y transfigurado, empeñándose en cierto modo en demostrarse a sí mismo las minucias de su exposición — que miraba con ojos de envidia a los pocos iniciados que tomaban presurosos sus apuntes, a fin de que la palabra del maestro no cayera en vano; descifraba el profesor algunas inscripciones fenicias a la sazón recientemente descubiertas en Cerdeña, y trazaba los raros caracteres con una perfección admirable, en la pizarra: los analizaba, los comentaba, los daba vuelta de tal modo, y todo esto con una naturalidad tan grande, con una mirada tan bondadosa, una sonrisa tan amable y un gesto tan expresivo, que parecia imposible no entenderle... Y sin embargo, conté los presentes: eran apenas seis."

He ahí el Renan sabio, de cuerpo entero. En las palabras del doctor Quesada, tenemos descrito el método de elaboración científica del gran escritor francés. ¿Vulgarizador? Sea. Pero aprendan los que atribuyen al calificativo un significado que no le es propio, lo que implica el vulgarizar los resultados de la investigación, en la forma en que lo hacen los grandes maestros franceses, ya se llamen Boissier, Flammarion o Renan. Bien sabida es la lamentable confusión que al respecto reina, especialmente en lo que atañe a los estudios históricos. Hay quien cree que la fácil literatura historiográfica que nos viene de Francia, es obra de improvisación, de intuición genial. Nada más erróneo. Esa literatura — en sus buenas ma-

nifestaciones, se comprende, pues las malas no se tienen en cuenta — fácil tan sólo en las apariencias, tiene bases científicas graníticas. No es compilada con lecturas, sino que surge del trabajo de gabinete, de la dura manipulación de los materiales primeros. Nada, a la verdad, nos cuesta creer tal cosa para las otras ramas científicas. Para la historia, en cambio, nos parece poco menos que inconcebible. Y es que la historia continúa siendo, entre nosotros, un saber esencialmente libresco. Leer y más leer, memorizando hasta donde sea posible: he ahí lo que entendemos, en general, por estudios históricos. Y esta perversa noción se ha generalizado hasta el punto de creer no solamente que la noción histórica puede formarse a base de lecturas, sino que aun el libro, el libro a la francesa, el libro a lo Renan, puede también ser hecho a base de lecturas. Decid a un naturalista, a un químico, a un médico que puede estudiarse botánica, química o medicina en los libros, y le haréis sonreir. Observad, en cambio, lo que se hace en historia entre nosotros, y notaréis que lo libresco es lo sobresaliente. ¿Extrañaremos, ahora, que los estudios históricos asuman esa forma de pereza mental que lee por leer, lee por apacible entretenimiento, amén de cuando dichos estudios vienen a ser un recurso ideal para el literato sin talento al que las generalidades históricas sirven de contenido para un estilo falto de inspiración; o son aprovechados por el político, por el propagandista de reformas sociales, quienes leen historia para sofisticar argumentos; o por el periodista, en fin, que, acostumbrado a improvisar, a pontificar sobre todo cuanto ha acontecido y acontece debajo del sol mete mano a la historia como a una crónica, la crónica del género humano? Leer y leer. Luego, un buen fichero, un juego de carpetas monográficas hecho con inteligencia, y he ahí agotadas las disciplinas históricas. ¡Cuántas profanaciones, cuánto histrionismo oculta este juego!

He aquí hablándonos de civilización oriental quien nunca se ha familiarizado con esos trabajos que el doctor Quesada vió realizar a Renan; de civilización egipcia quien jamás

ha interpretado un texto jeroglífico; de civilización grecoromana quien no ha tenido siquiera entre manos una colección de papiros, ni ha interpretado una inscripción, ni un juego de óstraca; o de civilización bizantina o medioeval quien en su vida ha hojeado un *Corpus,* ni ha desentrañado una *Crónica.* Y lo que es peor aun, lo que es mil veces más perjudicial, es el ver sacrificar como *caput mortuum* para vaguedades especulativas de color filosófico, las grandes caracterizaciones de la marcha evolutiva de la civilización — las Religiones de la antigüedad, la crisis del pensamiento griego en el siglo V, el Cristianismo, el Renacimiento, la Reforma — por quien evidencia no haber tomado contacto inmediato con los monumentos del genio que involucran el alma de esos eventos fundamentales: los Vedas, Platón, los *Evangelios,* Pablo, Petrarca, Pomponacio, Lutero. Ved, en cambio, a Renan. Ante los seis discípulos contados por el doctor Quesada, describe, filológicamente, la historia de la civilización de Oriente; en el análisis de una inscripción fenicia descubierta en Cerdeña ¡cuántas revelaciones habrá hecho surgir ese espíritu selecto! ¡cuántas sugestiones acerca de la penetración asiática en el Mediterráneo, preludio de la lucha suprema entre Roma y Cartago, lucha decisiva para la determinación de cuál sería la civilización dominante en el porvenir, si la semítica o la indo-germánica!

Pero hasta aquí llega el Renan bretón. Fuera de la escuela, en contacto con el público, al dar expresión a su pensamiento, tan severamente elaborado, para el lector común, el gascón prevalece. La austeridad y el aristocratismo desaparecen. Desaparece, especialmente, la coherencia. Y entonces, la sonrisa escéptica y el arranque místico; la piedad y el desdén; el epicureísmo del *Eclesiastés* y el fervor lírico de los Salmos; la sensualidad retozona del *Cantar de los Cantares* y el pesimismo sin esperanza de *Job,* se entrelazan, se suceden, se sobreponen en el mismo capítulo, en el mismo párrafo, en la misma frase. Es el cleriguillo simulador que continúa su comedia en un escenario más vasto y ante una platea más difí-

cil y más renuente. Y aquel Renan que en la escuela no consiente en rebajar el tema, y se retira a su soledad cuando los discípulos le abandonan, busca ante la platea lectora el fácil aplauso y el éxito ruidoso. El Renan sabio se eclipsa; el Renan artista — escritor, novelista y pensador — toma la delantera.

Claro está que es el público, el público francés especialmente, quien lo quiere así. Y como el gusto francés es el dechado del gusto universal, Renan — el Renan artista — complace el gusto universal complaciendo el francés.

Bien convencido, por lo demás, de que la forma es todo, de que la forma atrae al lector y lo cautiva; sabe también que el mismo lector, finísimamente exigente en lo que a la forma atañe, no reclama en cambio, en cuanto al fondo, sino preparación auténtica en su autor. Allá y acá. Porque no lo olviden los osados: el público francés y el público argentino tienen una percepción intuitiva extraordinariamente delicada para apreciar en lo que vale el universalismo omnisciente de las plumas salomónicas. Una vez llenado, empero, el requisito de la preparación, el estilo, el arte es todo.

Y Renan ha sido un artista, un estilista soberano. Alguna de sus páginas admirables han pasado al tesoro inmortal de la más alta creación humana. ¿Quién no recuerda la elegía con que corona el relato de la muerte de Jesús? "Reposa en tu gloria, no-" ble iniciador de la más sublime doctrina! Tu obra se halla con-" cluída; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta " venga a echar por tierra el edificio de tus esfuerzos. Lejos del " alcance de la fragilidad humana, en adelante asistirás desde " el seno de la paz divina a las infinitas consecuencias de tus " actos. A costa de algunas horas de sufrimientos, que ni si-" quiera pudieron abatir la grandeza de tu alma, has conse-" guido la más completa inmortalidad. Tu nombre, gloria y " orgullo del mundo, va a exaltarle durante millares de años. " Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera a " cuyo alrededor se librará la más ardiente de las batallas. " Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que " mientras cruzaste este valle de lágrimas, llegarás a ser de

" tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu " nombre de los anales del mundo sería conmoverlo hasta en " sus cimientos. Entre Dios y tú ya no se hará distinción " ninguna. Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vence- " dor de la muerte, de ese reino adonde te seguirán, por la " ancha vía que trazaste, siglos de adoradores." De su estilo interpretativo y narrativo, estos párrafos de *Los Apóstoles:* " El núcleo principal de los discípulos hallábase justamente " reunido alrededor de Pedro. La noche había cerrado. Co- " municábanse mutuamente sus impresiones y lo que cada uno " había oído. La creencia general era que Jesús había resu- " citado. A la llegada de los dos discípulos (los de Emmaus) " se apresuraron a contarles lo que se llamaba *la visión de* " *Pedro.* Ellos, por su parte, cuentan lo que les ha ocurrido " en el camino y cómo lo reconocieron al romper el pan. Su " imaginación se encontraba vivamente excitada. Las puertas " estaban cerradas, pues se temía a los judíos. Las ciudades " orientales permanecen silenciosas después del obscurecer. El " silencio era, pues, profundísimo en el interior; el más lige- " ro rumor, producido por cualquier cosa, los hacía concebir " esperanzas de aparición. La esperanza crea muchas veces " su objeto. Durante un instante de silencio, un pequeño so- " plo acaricia la faz de los reunidos. Hay momentos en que " una corriente de aire, una ventana que cruje, un murmullo " casual, confirma la creencia de los pueblos por muchos si- " glos. Al mismo tiempo que el soplo, creyeron oir sonidos. " Unos dijeron que habían oído la palabra "schalom", que " significa en hebreo "dicha" o "paz". Era el saludo ordina- " rio de Jesús y la palabra que indicaba su presencia cuando " estaba vivo. No hay duda posible. ¡Jesús está presente! " ¡Jesús forma parte de la asamblea! Es su voz querida, to- " dos la reconocen. Aquella creencia fué tanto más fácil de " aceptar, cuanto que Jesús les había dicho que, cuantas ve- " ces se reuniesen en su nombre, él estaría con ellos. Fué, " pues cosa hecha que Jesús se apareció a sus discípulos, re- " unidos el domingo por la noche. Unos dijeron que habían

" distinguido la señal de los clavos en las manos y en sus pies,
" y en el costado la del lanzazo. Según una tradición muy
" extendida, esa noche fué cuando envió sobre sus discípulos
" el Espíritu Santo. Por lo menos, fué generalmente admitido
" que su soplo había acariciado a los reunidos." Los incomparables trozos de arte puro esparcidos por Renan en los *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse,* la obra maestra de la prosa francesa moderna, son flores que jamás marchitan. ¿Habrá necesidad de recordar la "oración sobre la Acrópolis"? ¡Oh armonía melancólica y profunda de las líneas finales, que ninguna versión debe profanar! "Un immense fleuve
" d'oubli nous entraîne dans un gouffre sons nom. O abîme,
" tu es le Dieu unique. Les larmes de tous les peuples sont
" de vraies larmes; les rêves de tous les sages renferment
" une part de vérité. Tout n'est ici bas que symbole et que
" songe. Les dieux passent comme les hommes, et il ne serait
" pas bon qu'il fussent éternels. La foi qu'on a eue ne doit ja-
" mais être une chaîne. Ou est quitte envers elle quand on
" l'a soigneusement roulée dans le linceul de pourpre ou dor-
" ment les dieux morts".

Nada extraño, pues, que ocupara Renan, sin contraste, el primer lugar en el mundo literario francés. Hugo, Lamartine, Michelet, Quinet, Littré acababan de desaparecer, y Renan se elevaba como torre solitaria en la admiración universal. Por otra parte, su manera de comprender la historia—tan opuesta a la manera con que la estudiaba y la enseñaba—lejos de impedirle los vuelos estilísticos, proporcionábale los temas fundamentales. "La verdad material sufre — afirma en *Los Evangelios,* refiriéndose a la manera como Lucas escribió el libro de los *Hechos* — pero Lucas no se preocupa, pues casi tanto como los Evangelios, los *Hechos* forman el porvenir. La manera como son contadas las cosas importa más para los grandes desarrollos seculares, que la manera como han ocurrido. Los que han hecho la leyenda de Jesús tienen una parte casi igual a la suya en la obra del cristianismo." Por supuesto que no conviene atribuir proporciones excesivas a

estos conceptos de Renan, ni creer que se haya propuesto jamás crear una nueva versión de la epopeya de los orígenes del cristianismo, un quinto Evangelio. Porque para creerlo así habría que anular el valor científico que, en su obra, da la trabazón a la construcción artística; habría que suprimir el Renan sabio, fundamento del Renan literato. Y eso no es posible. Aun cuando Renan nada descubre ni nada añade a la masa de conocimientos que forman el caudal cultural de su época, la comprensión que demuestra tener del fenómeno histórico es honda, la técnica de las fuentes es perfecta, su dominio del inmenso material de trabajo es completo. De manera que, inevitablemente, la severidad de su investigación, hubo de ejercer poderosa influencia sobre sus facultades artísticas, manteniéndolas, en todo momento, dentro del esquema científico más riguroso. En tiempos en que la escuela de Tubinga revolucionaba la historiología, y la alta crítica absorbía las más fuertes inteligencias, haciendo predominar, en el problema cristiano, los aspectos teológicos y filosóficos, Renan se resigna a la deficiencia científica de su obra, con tal de permanecer fiel a la tradición humanística del Renacimiento, toda ella crítica textual y filológica. Sus libros han sido, por eso, superados; pero con ese mismo retraso, Renan se ha anticipado a su tiempo, constituyéndose en verdadero precursor, por cuanto los trabajos posteriores, los actuales, han venido a darle la razón en sus preferencias. Y no ha respondido, a buen seguro, a una simple fórmula benevolente el elogio de Mommsen, referido por sir Grant Duff en la bella necrología por él escrita en ocasión de la muerte de Renan. "Conversando conmigo, dice el escritor inglés, en enero de 1862, calificó Mommsen a Renan de verdadero sabio *(a true savant)*, a pesar *(in spite)* de su hermoso estilo." Téngase en cuenta que en 1862 la *Vida de Jesús* no había aparecido aún. De modo que el elogio de Mommsen era merecido por las obras juveniles: *Averroé y el Averroismo*, los *Estudios de historia religiosa*, la versión de *Job* y del *Cántico de Salomón*. ¿Qué habrá opinado más tarde el revelador de la his-

toria romana, acerca de la *Historia de los Orígenes del Cristianismo* y de la *Historia del pueblo de Israel?* Habrá, probablemente, comprobado que la práctica posterior de Renan no se atuvo estrictamente a la teoría. Pero la excelencia de la teoría no menguaba por eso. "Podría creerse — escribía "Renan a los 25 años en el *Porvenir de la Ciencia* — que la "literatura se hace crítica y retrospectiva por no poder pro- "ducir nada original. Si nuestra erudición fuera letra pá- "lida y muerta; si, como ciertos espíritus mezquinos, no bus- "cásemos en el conocimiento y admiración de las obras pre- "téritas más que el derecho pedantesco de despreciar las pre- "sentes, sería eso verdad. Pero, aparte de que nuestras crea- "ciones tienen más vida que las de los antiguos y de que "cada nación moderna puede dar savia a dos o tres litera- "turas superpuestas, nuestra manera de concebir la filología "es mucho más fecunda y filosófica que la antigua. La filo- "logía no es para nosotros, como para la escuela de Alejan- "dría, una simple curosidad erudita; es una ciencia organi- "zada, con finalidad elevada y seria: es la ciencia de las pro- "ducciones del ingenio humano. No temo exagerar al decir "que la filología, inseparablemente unida a la crítica, es uno "de los elementos más esenciales del espíritu moderno. Sin "la filología, el mundo moderno no sería lo que es; la filo- "logía constituye la gran diferencia entre la Edad Media y "los tiempos modernos. Si superamos a la Edad Media en "exactitud, en precisión, en crítica, a la educación filológica "se lo debemos." Eran vislumbres geniales, eran conjeturas instintivas que orientaban, en el caos reinante, esa robusta mentalidad hacia el verdadero camino, oculto, a la sazón, bajo la tupida maraña de ideologías y filosofismos declamatorios, en que los tiempos modernos se metieron con hacha y cuchilla. Claro está que con la simple intuición no ha podido Renan sospechar la actual reconstrucción de la historia por la papirología y la ostracología; pero la epigrafía, la numismática y la arqueología, revelaron a su eximio talento aquello que la ciencia de la humanidad llegaría a ser en un porvenir

cercano. Y es así como supo dar solidez resistente a la estructura sabia de su obra artística (1). Para nuestro concepto cabal no olvidemos, empero, el valor real de la labor renaniana, inferior, científicamente, no sólo al estado actual de la ciencia, sino al de su misma época, pues no estuvo a la altura, ni mucho menos, de los trabajos de un Ewald, de un Eichhorn, de un Baur, de un Reuss, de un Strauss.

Y surge aquí una duda: ¿respondería esa deficiencia a una refinada sutileza del mismo Renan, quien pudo muy bien negarse a comprometer la perdurabilidad de la obra de arte, supeditándola al resultado científico, siempre en elaboración y siempre caduco? Como quiera que eso haya sido, lo cierto es que, sacrificando la originalidad y la posible creación de una nueva interpretación del material documentario, anhelo de todo verdadero sabio, Renan no incorpora a sus obras más que la documentación común, es decir, la partes históricas de los *Evangelios* canónicos y apócrifos, y de los *Hechos;* las epístolas de Pablo, de Clemente, de Justino y de Ignacio; el *Apocalipsis*; el *Pastor de Hermas*; el *Octavio* de Minucio Félix; la correspondencia de Plinio con Trajano, en una palabra, todo el material documentario tradicional, acompañado de comentarios más elementales que sobrios, en la *Vida de Jesús, los Apóstoles, San Pablo, el Anticristo, los Evangelios, la Iglesia Cristiana,* y *Marco Aurelio,* respectivamente; así como los libros técnicamente llamados "históricos" del *Antiguo Testamento,* en la *Historia del Pueblo de Israel.* Y ha sido en esta forma como ha podido Renan crearse una situación muy ventajosa. Si su obra, en efecto, ha carecido del valor científico que ha tenido la de los grandes maestros de la crítica, su utilidad expositiva, en cambio, no ha desaparecido ni podrá des-

(1) "S'il m'était donné de choisir entre les notes d'un historien original, et son texte complètement rédigé, je préférerais les notes. Je donnerais toute le belle prose de Tite-Live pour quelques uns des documents qu'il avait sous les yeux et qu'il a parfois altérés d'une si étrange manière. Un recueil de lettres, de dépêches, de comptes de dépense, de chartes, d'inscriptions, me parlerait beaucoup mieux que le récit le mieux dégagé." — **"Essais de morale et de critique"**, pág. 36.

aparecer jamás, por cuanto en esa misma imperfección radica su valor permanente. Nadie instituirá, por cierto, una comparación entre los escritos de Renan y, para no salir de Francia, los *Evangelios sinópticos* de Loisy. Pero dentro de veinte años o antes, los *Evangelios sinópticos* quedarán rezagados; dentro de cien años, en cambio, la obra renaniana será tan lozana como hoy. Nunca faltará, en efecto, un lector para apreciar en ella la habilidad con que ha sido dispuesta en orden cronológico, traducida e interpretada en lenguaje actual y ameno la documentación tradicional y elemental (las inscripciones y el material documentario no literario no se prestan para combinaciones de este género) del cristianismo primitivo, habilitándose para labrarse una opinión personal acerca de los fundamentos en que descansa el concepto histórico del cristianismo; lo cual tiene, innegablemente, un valor cultural de primer orden.

Y aquí se nos presenta un interrogante que debe ser afrontado con sinceridad.

Si el valor científico de Renan es relativo, y su tratamiento de las fuentes es simplemente expositivo, ¿puede ser explicación suficiente para el auge asombroso y mundial de su producción, la pericia artística con que ha sido elaborada? Francamente, no.

La inmensa popularidad de Renan fué debida casi exclusivamente a la *Vida de Jesús*; sus demás libros apenas si eran y, digámoslo sin reparo, apenas si son aun ahora conocidos por su título. Sir Grant Duff refiere, en la necrología mencionada, una anécdota característica. Había sido Renan invitado en abril de 1880 a dar una serie de conferencias en Londres. Recepción grandiosa, auditorio enorme, ovaciones. Pues bien; el sutil ironista conocía tan perfectamente su público que, en las cuatro conferencias por él pronunciadas, leyó, palabra por palabra, capítulos de los volúmenes ya publicados de los *Orígenes del Cristianismo*, sin que ninguno de sus entusiasmados oyentes cayera en la cuenta del ardid.

Sí, pues, en la *Vida de Jesús* fincó el fundamento primordial de la gloria de Renan y si esa obra no ha podido ser razón suficiente para éxito tan sonado, ¿dónde hay que buscar el motivo íntimo del caso?

Respondemos: en la actitud de la Iglesia. La Iglesia con la prédica azorada de sus sacerdotes, con la intemperancia encendida de sus polémicas, con los rayos de sus anatemas, creó la fama de Renan. Todas las lumbreras de la Iglesia se encendieron en fuego divino contra el blasfemo. Monseñor Freppel, el famoso obispo-diputado, Poujulat, Hervé, Lasserre, Carfort-Bazouge y otros más dieron la entonación violenta, libelística a los escritores católicos del mundo entero. Los obispos Plantier y Despretz, ordenaron misas públicas para aplacar la cólera divina; Mgr. Cruice, obispo de Marsella, mandó repicar todos los viernes; el obispo de Angoulême hizo público, resumiéndolo, el juicio de la Iglesia sobre la *Vida de Jesús* en estas palabras: "Es el beso de Judas repetido cien veces entremezclado con las derisorias genuflexiones de la más sangrienta flagelación". Todo el mundo católico se agitó: en España, en Bélgica, en Austria, en Baviera, en Italia las demostraciones se multiplicaron. Hasta el papa — imitado a más de medio siglo de distancia por el papa actual — ordenó una solemne procesión de desagravio en Roma. ¿Pudo darse propaganda más desaforada en favor de un libro?

Por lo menos Renan pareció comprenderlo así; pues envolviéndose en la armadura espiritual de su sonrisa ática, dejó caer en el vacío, despuntadas, las injurias, los denuestos, las calumnias que de todas partes arreciaban. Jugueteaba, en su espíritu travieso, el recuerdo helénico de la página volteriana. "Un día, dos ciudadanos de Atenas, al regresar de la capilla de Mercurio, se apercibieron de que Sócrates estaba en la plaza pública. Uno de los ciudadanos dijo al otro: —¿Es ése el malvado que dice que podemos ser virtuosos sin ofrecer todos los días corderos y ocas? —Sí, contestó el otro; es un sabio que no tiene religión; es el ateo que dice que no hay más que un solo Dios. Sócrates se acercó a ellos con su aspecto sen-

cillo, con su demonio, con su ironía, y les dijo: —Amigos míos, os suplico me oigáis dos palabras. ¿Cómo clasificaréis al hombre que ruega a la Divinidad, que la adora, que trata de semejarse a ella hasta donde se lo permite su debilidad humana, y que hace todo el bien que puede? —De alma muy religiosa, le contestaron los dos ciudadanos. —Muy bien; ¿luego puede adorarse al Ser Supremo y tener religión? —Estamos de acuerdo, respondieron los dos atenienses. —¿Pero creéis, prosiguió diciendo Sócrates, que cuando el divino arquitecto del mundo organizó todos los globos que giran sobre nuestras cabezas, cuando dió movimiento y vida a tantos seres diferentes, utilizó para eso el brazo de Hércules, la lira de Apolo o la flauta de Pan? —No es probable. —Pues si no es verosímil que empleara la ayuda de otros para construir el mundo, tampoco es posible que le ayuden otros a conservarlo. Si Neptuno fuera el dueño absoluto del mar, Juno del aire, Eolo de los vientos, Ceres de las cosechas, y uno de los dioses quisiera el tiempo sereno cuando otro quisiera viento y lluvia, podéis comprender muy bien que no subsistiría el orden que subsiste en la naturaleza; y tendréis que confesarme que es necesario que todo dependa del que la creó. Atribuís cuatro caballos blancos al sol y dos caballos negros a la luna; ¿pero no es preferible que el día y la noche sean el resultado del movimiento que imprimió a los astros su creador, a que produzcan el día y la noche seis caballos? Los dos ciudadanos se miraron el uno al otro y nada contestaron. Sócrates acabó por probarles que podían recoger cosechas sin dar dinero a los sacerdotes de Ceres, ir a cazar sin ofrecer pequeñas estatuas de plata a la capilla de Diana, que Pomona no concedía frutas, que Neptuno no daba caballos y que debíamos dar gracias al Soberano que lo creó todo. Sus ideas eran completamente lógicas; su discípulo Jenofonte, tirando a Sócrates por el brazo, le dijo: —Tu discurso es admirable; hablaste mejor que un oráculo, pero te has perdido. Uno de los ciudadanos que te oían es el carnicero que vende los corderos y las ocas para los sacrificios, y el otro es el orfebre

que saca grandes ganancias construyendo pequeños ídolos de oro y de plata para las mujeres; te acusarán de que eres un impío que quieres impedirles que hagan su negocio; declararán contra tí ante Melito y Anito, que son tus enemigos y han jurado perderte. Teme la cicuta; tu demonio familiar debió haberte aconsejado que no dijeras a un carnicero ni a un platero lo que sólo debías haber dicho a Platón y a Jenofonte".

Renan no temió la cicuta: ¿por qué la temería? Bien sabía que en la copa que la Iglesia le aprestaba, bebería el néctar de la fama.

Va de suyo que a la Iglesia no ha faltado, en esta ocasión como nunca, aquel reposo diplomático que ha sido el secreto de su fuerza y de su perpetuación. Pero el silencio que había guardado ante las publicaciones de los grandes críticos, el desdén con que mirara desde lo alto del Olimpo los trabajos demoledores de Baur y Strauss, caían impotentes ante la arrebatadora fuerza de atracción ejercida por el arte de Renan. Los críticos Baur y Strauss se dirigían a Platón y a Jenofonte, y Platón y Jenofonte han pesado, en todas las épocas, muy escasamente en la balanza de valores de la Iglesia. Renan, en cambio, desdeñaba los lectores de cenáculo, desparramaba su verbo sobre la gran masa, y llevaba los resultados más contundentes de la crítica al público menos dado a los estudios transcendentes, es decir, al público en que la Iglesia recluta su manso rebaño. De ahí la alarma. De ahí también que Renan, consciente del nervio real de su vigor, usara el estilo como arma para el ataque y para la defensa.

La fortaleza de Renan ha sido el arte.

Y ha sido precisamente para atrincherarse en ella, que nos ha sorprendido con una teoría paradógica de la historia. En el esfuerzo "para reanimar las grandes almas del pa-
" sado — dice al principio de la *Vida de Jesús* — debe permi-
" tirse una parte de adivinación y de conjetura. Una gran vida
" es un todo orgánico que no puede presentarse por la sim-
" ple aglomeración de hechos pequeños. Es menester que un

" sentimiento profundo abarque el conjunto y haga la uni-
" dad. En semejante asunto es un buen guía la razón de
" arte; el tacto exquisito de un Goethe encontraría en él mo-
" tivo para ejercitarse. La condición esencial de las creaciones
" del arte, estriba en un sistema viviente cuyas partes se ar-
" monicen unas con otras. *Dans les histoires de ce genre le*
" *grand signe qu'on tient le vrai est d'avoir réussi à combiner*
" *les textes d'une façon qui constitue un récit logique, vrai-*
" *semblable, où rien ne détonne...* Si no se consigue presen-
" tar el hecho de esa manera, es porque de seguro no se llegó
" a conocerlo bien. Supongamos que al restaurar la Minerva
" de Fidias con arreglo a los textos, se produjese un conjunto
" seco, duro, artificial. ¿Qué debería deducirse? Una sola cosa:
" *les textes ont besoin le l'interpretation du goût; il faut* (ex-
" presión famosa) *les solliciter doucement jusqu'à ce qu'ils*
" *arrivent a se rapprocher et à former un ensemble où toutes*
" *les parties soient heureusement fondues...* ¿Se tendrá enton-
" ces la seguridad de poseer, línea por línea, la estatua griega?
" No; pero, al menos, no se poseerá la caricatura: se ten-
" drá el espíritu general de la obra, uno de los modos cómo
" pudo existir."

Y es sobre el patrón de esta teoría tan especiosa como falsa, repetida, a mayor abundamiento en el segundo volumen de los *Apóstoles,* que Renan — olvidando que Miguel Angel se negó a reconstruir no diré la Minerva de Fidias, mas ni siquiera un brazo, un solo brazo del decadente Laocoonte — fija las líneas de su construcción.

El aspecto artístico, femenino, impresionista, sentimental del asunto, es el que llama siempre preferentemente su atención. El Renan simulador, disimula su doctrina. Realiza lo que él mismo achaca a Montaigne en el *Porvenir de la Ciencia:* "jáctase de no tener memoria y de ser muy olvidadizo... parece no estimar las cualidades del sabio para realzar las del hombre ingenioso y de buen sentido, caracterizando de un modo sobresaliente el espíritu francés; sistema que Madame de Stäel ha llamado agudamente «la pedantería de la ligere-

za». Y no es solamente en la *Historia de los Orígenes del Cristianismo* donde concede un desarrollo excesivo y novelesco a toda escena en que interviene la mujer, y pone contornos idílicos a toda leyenda fantástica siempre que el tema fundamental se preste a narraciones sentimentales, dramatizando a María madre de Jesús y a las vírgenes galileas, a María de Mágdala, a Pablo y Tecla, a las mujeres de la casa Flavia, a Santa Blandina, y a cuanta flor humana brotó en el jardín ideal de los orígenes cristianos; — sino que, en cualquier otro de sus estudios bíblicos, el embeleso literario es la preocupación dominante. En el *Antiguo Testamento,* por ejemplo, no aplica sus profundos conocimientos a la investigación de los problemas que, a la sazón, la Escuela de Tubinga imponía al mundo estudioso: la composición del *Hexatéuco* mediante la dilucidación del *Código Sacerdotal,* la composición de *Isaías,* la autenticidad del libro de *Daniel,* la gran cuestión del Canon, etc., sino que agota su esfuerzo en el infantilismo de la traducción de *Job,* del *Cántico de Salomón* y del *Eclesiastés.* ¿Qué más? *El Cántico de Salomón* sale de manos de Renan, imitador en esto de Ewald, transformado en una pieza teatral con el sugestivo título de *La Sulamita.* La lírica candorosa del rapsoda hebreo viste en *La Sulamita* el ropaje rebuscado de la técnica griega, y mediante ingeniosas transposiciones y adaptaciones, créase el nudo dramático, introdúcense actos y escenas, fíjanse caracteres y se hacen dialogar las *dramatis personae,* profanando y adulterando la estructura original del poema.

Pero con este método, ¿a qué queda reducida la crítica? ¿Hasta qué punto puede considerarse innocua esta sofisticación de la historia? He ahí que bajo la pluma de Renan la realidad se esfuma en la vaguedad nebulosa de la suposición y de la frase. "*Toute phrase*—dice en el *Prefacio* a la His- " toria del Pueblo de Israel—*doit être accompagnée d'un* peut- " être. *Je crois faire un usage suffisant de cette particule.* " *Si on n'en trouve pas assez, qu'on en suppose les marges se-*

" mées à profusion. Ou aura alors la mesure exacte de ma " pensée".

¿Cómo clasificaremos, entonces, a Renan en las categorías científicas? ¿Es historiador? ¿Es filósofo? ¿Es artista puro? Ninguna de estas tres actividades espirituales lo absorbe ni lo agota por completo. Historiador no es; filósofo no es; artista puro, tampoco es; y tenemos de esto prueba en esos *Dramas filosóficos, Caliban* (1878), *L'Eau de Jouvence* (1881), *Le Prêtre de Nemi* (1886), *L'Abbesse de Jouarre* (1886), en los que se ve que en cuanto la erudición no le da materia, la fantasía de Renan permanece absolutamente estéril. Además, como en el caso de todo impresionista, no es la coherencia a una teoría, a un método, a un principio lo que precisamente brilla en la obra renaniana. Antes bien, parece como si se pusiera en ella especial empeño en modificar, rectificar, contradecir sin reparo las afirmaciones que allí se hacen, de modo que el lector queda desorientado, confundido, no bien trata de concretar sobre ella un juicio de conjunto. De ahí el error en que incurren tanto los que tratan de encasillar a Renan en el marco de una especialidad, como los críticos despectivos y los admiradores incondicionales que engloban su obra en un dictamen absoluto de reprobación o encomio.

Un juicio imparcial de la obra de Renan podría sintetizarse en esta forma: aparte el estilo, que es casi siempre de una belleza clásica, el fondo científico nada original aporta, en primer término, al acervo del conocimiento, y luego no ofrece la misma consistencia en sus elementos constitutivos de los que, mientras algunos son innegablemente flojos, otros, en cambio, ostentan vigor y solidez.

Ahora bien: eso de que no aporte ninguna originalidad a la solución de los problemas fundamentales débese, principalmente, a su espíritu conservador y tradicionalista. Por más que profese que la ciencia alemana ha sido su guía en la enmarañada selva de la crítica, parece, sin embargo, que su educación científica no ha ido mucho más allá de la apologética aprendida en el Seminario. Ha dejado fama su actitud

con respecto a la autenticidad e historidad del *IV Evangelio.* Luego, su conformación con la leyenda primitiva, cuya explicación intenta, aceptándola como oro colado; su manera de juzgar las herejías, especialmente la gnosis, y su aceptación maciza de la tradición apostólica, más que una mentalidad acrítica demuestran que la literatura alemana había entrado mucho más en su admiración que en su conocimiento. Recuérdese, ahora, la digresión tan elemental sobre la historia comparada de las Religiones con que abre la *Vida de Jesús;* el infantilismo con que interpreta la tradición de la Iglesia primitiva en los *Apóstoles;* las escenas de la Resurrección descriptas a brochazos efectistas, estilo *feuilleton;* la cena de Emmaus; la aparición a los discípulos, más arriba transcripta; las "entrevistas íntimas con el fantasma querido" (Jesús resucitado) de Pedro y Juan; la descripción de *la venida del Espíritu Santo* y de los fenómenos estáticos y proféticos, y dígase, luego, si tienen o no razón los que claman contra los pecados históricos de Renan. Cuando describe la formación del pensamientó cristiano incurre en las mismas fallas. Imposible mencionar siquiera las principales sin dar proporciones excesivas a este estudio. Para citar algunas, señalaré la interpretación completamente escolástica del sincretismo religioso en Asia, tal como se lee en *San Pablo;* la incomprensión del contraste entre catolicismo y protestantismo, al final del capítulo IV del mismo volumen, donde trata de la influencia ejercida, respectivamente, por Pedro y Pablo; la forma impropia con que describe en el capítulo IV del volumen I de *El Anticristo* el desenvolvimiento interno de la doctrina cristiana, y las primeras concreciones dogmático-teológicas en las Iglesias de Pablo; el concepto simplista con que encara el problema de las persecuciones, especialmente en el cap. XVII de los *Evangelios,* donde incurre en la vulgaridad de instituir parangón entre las pretensiones dinásticas de la Casa de Borbón y el tradicionalismo de Marco Aurelio; y luego, por lo mismo que no entiende las persecuciones, tampoco aferra el verdadero sentido del martirio, pudiéndose recordar la pobre

terminación del capítulo XIV de *La Iglesia Cristiana,* donde dice que se muere por las opiniones, no por las certidumbres, por lo que se cree y no por lo que se sabe, comparando los mártires cristianos a los asiáticos que él mismo había visto en sus viajes por el Oriente, partidos a pedazos, quemados, sufriendo martirios horribles mientras danzaban y saltaban de alegría por morir afirmando a un hombre que nunca habían conocido (el Bâb). ¡Como si el martirio cristiano hubiese sido asunto de fanatismo y hubiere tenido algo común con las aberraciones asiáticas! ¡Como si el pensador no hubiese estado en todo tiempo dispuesto a sufrir y a morir por lo que él creyó ser la verdad! ¡Por el espíritu religioso contesten Savonarola y Juan Huss; por el científico, después de Sócrates, Vannini, Servet, Giordano Bruno y Galileo! ¿Mencionaré las críticas acerbas con que ha sido acogida la equiparación que, en la *Historia del Pueblo de Israel,* se sienta entre el profetismo y el movimiento socialista actual, sin hacer distinción entre la faz económica y la revolucionaria del fenómeno? A la verdad, semejante error histórico, filosófico y sociológico es imperdonable en Renan; ni pudo darse caso más deplorable de ese confusionismo simplista en que suelen incurrir los superficiales cuando adornan la frívola retórica de escritos ocasionales con comparaciones entre lo antiguo y lo moderno.

Consentidos, empero, los puntos débiles de la estructura científica en la obra renaniana, apresurémonos a reconocer que la parte sana encuéntrase en ella en proporción francamente predominante.

Aquí el juicio crítico puede arriesgar alguna generalización.

Siguiendo, para la mejor comprensión de su evolución, el orden cronológico de las publicaciones, puede afirmarse que *Averroès et l'Averroisme* (1852) es un trabajo juvenil de tesis, pero trabado en fuertes y serios estudios; la *Histoire des Langues Sémitiques* (1855), más que obra de filólogo es lingüística hecha con buen método; los *Etudes d'Histoire Re-*

ligieuse (1857), una miscelánea de trabajos bien pensados en que se diseña ya la parábola del pensamiento renaniano; omitiendo obras menores, la versión de *Job* (1859) y del *Cántico de Salomón* (1860), nos muestran a Renan como respetable hebraísta, aunque tradicionalista y acrítico, y llegamos a su obra capital: la *Histoire des origines du Christianisme,* publicada en los veinte años que van de 1863 a 1883. De ella el volumen príncipe, lo sabemos, es la *Vie de Jésus; Les Apótres,* que le siguen, mediocre; *Saint Paul,* salvo los defectos de crítica, muy bueno; *L'Antechrist* es una paráfrasis artística del *Apocalipsis,* redondeada con lo más sensacional de Suetonio y Séneca; *Les Evangiles,* una excelente y muy instructiva exposición del proceso de formación seguido por los documentos básicos de la historia cristiana; *L'Eglise Chétienne* un gran libro, científicamente el mejor, a mi juicio, de la colección; por último, *Marc Auréle,* que cierra el ciclo, es una obra, más que histórica, descriptiva, que abarca ordenada, pero muy tradicionalmente el período de la lucha que desgarraba la sociedad cristiana en el segundo siglo: lucha interna, entre la ortodoxia y las herejías que pululaban en todas partes, lucha externa contra el Imperio, destinada a transformarse en el choque de vida o muerte que debía ensangrentar el mundo hasta hallar solución en el siglo IV con el compromiso de Constantino. De lo que publicó en lo sucesivo Renan, salvo tal vez *L'Avenir de la Science,* dado a luz en 1890 aunque escrito en 1848, nada tiene importancia a no ser la gran obra de sus años postreros: la *Histoire du Peuple d'Israel* (1887-1894), en la que resalta una amplia y eficiente aplicación de la filología al material de trabajo y no pocas traducciones hechas de mano maestra; lo cual, sin embargo, no redime los muchos errores y superficialidades, amén de las ligerezas tan gasconas y peculiares de esta obra, y que atenúan en mucho su valor.

Los vértices luminosos en el vasto campo de labor que dejamos someramente descripto son tan numerosos, que imposibilitan una indicación sintética. ¿Señalaremos algunos entre los más fulgentes? En *San Pablo,* la descripción de la pro-

pagación del cristianismo en Roma, en el capítulo IV; todo el capítulo VII, que relata los sucesos de la estada de Pablo en Atenas, el mejor del libro y, tal vez, de toda la obra; en *Los Evangelios,* el capítulo XIX, dedicado a Lucas, primer historiador del cristianismo; en *La Iglesia Cristiana,* en el capítulo VII, el estudio del estilo del *Nuevo Testamento,* magistral; en la *Historia del Pueblo de Israel,* el capítulo VI del libro I, que trata de la influencia del Egipto sobre Israel, y los capítulos VII, VIII y IX del libro IV, en los que se hace la exposición del profetismo. Para la historia del cristianismo, como idea social, dos muestras para terminar: el final del capítulo XVII de la *Vida de Jesús,* donde el revolucionarismo cristiano adquiere un relieve magnífico, y en *Los Evangelios* el capítulo XI dedicado al secreto de las bellezas evangélicas. Oigan este párrafo los jóvenes: "...la redacción de los "Evangelios es, después de la acción personal de Jesús, el "hecho capital de la historia de los orígenes del cristianismo; "yo añadiría de la historia de la humanidad. La lectura "habitual del mundo será en adelante un libro donde el sa- "cerdote cae siempre en faltas, donde las gentes distinguidas "son todos hipócritas, donde las autoridades laicas se portan "como malvados, donde todos los ricos son malditos. Ese li- "bro es el más revolucionario y el más peligroso que se ha "hecho. La Iglesia católica lo ha puesto de lado prudente- "mente; pero no ha podido impedir que diera sus frutos. Im- "placables para el sacerdocio, burlones para el rigorismo, "indulgentes para el hombre débil que tiene buen corazón, los "Evangelios han sido la perpetua pesadilla del hipócrita. El "hombre evangélico ha sido un adversario de la teología pe- "dante, de la insolencia jerárquica, del espíritu eclesiástico, "tal como lo han hecho los siglos. La Edad Media los ha "quemado. En nuestros días, la gran invectiva del capítulo "veintitrés de Mateo contra los fariseos, es todavía la san- "grienta sátira de los que se cubren con el nombre de Jesús, "y a quienes Jesús, si volviese al mundo, perseguiría a lati- "gazos".

Grandes verdades espléndidamente dichas, he ahí el núcleo que nunca perecerá en la obra de Renan.

Henos, en este punto, llegados, por camino no sospechado, a explicarnos esa enigmática personalidad en la que el contraste de dos almas parecía no hallar solución armónica ni en las más altas esferas de la espiritualidad.

¿Dónde estaba, pues, el secreto?

Ya podemos afirmarlo: en el carácter. En la independencia indomable, inquebrantable, del carácter. Inaccesible a toda imposición de una autodidad que no fuera su alta razón, defendió Renan la libertad interna con cuanto medio tuvo a su alcance, sin excluir la simulación ni la ironía sarcástica. Independiente en la austeridad de la investigación, con la que forjaba y templaba, en la pura llama de la ciencia, el acero de su razón; más independiente aún en el libro, donde jugaba con el demos bravucón, con Caliban, llevándolo a su antojo, así como el romano paseaba el león atado con un hilo.

Su ironía es ácido disolvente. ¿El dogma religioso, social o político? Sombra y humo. ¿El público lector? Alguien dijo que hay que tratarlo como a niño. No, rectifica Renan; hay que tratarlo como a mujer, es decir, por el sentimiento, por la sugestión, por el arte. Y de esta manera ningún tirano —tirano de arriba, tirano de abajo— ató jamás a su carro ese rebelde apacible y sagaz, ni ninguna potestad consiguió forzar el propugnáculo de su conciencia. Fué antimperialista, fué antidemocrático, abominó el socialismo. Fué un libre. Fué un libre de la libertad dantesca *"ch'é si cara"*, puesto que su libertad, lejos de inspirarse en las ideologías caóticas del 89 o en el utilitarismo logrero y sensual que se embandera en el nombre de Marx, cimentó en el sentido anárquico de la vida con que el cristianismo transmutó la civilización occidental en una tragedia, cuyo desenlace parece alborear en el oriente de los tiempos con fulgores de catástrofe.

Señores: el Renan maestro, sabio, artista, nos ha llevado a descubrir un Renan heroico. Era una época azarosa aquella en que le cupo vivir. La sociedad, sacudida por el terremoto

napoleónico, parecía haber perdido para siempre la línea del equilibrio. Arriba el egoísmo orgiástico, abajo la ola de fango de la barbarie interna que subía y subía fatal y tenaz en la demanda de la muerte para un mundo en disolución. Y así sucedió, que si quiso salvaguardar el tesoro de la cultura y defender la libertad, que es el más alto valor humano, el sabio, para ser sabio, tuvo que ser héroe.

Mirémenos alrededor: el mismo sacudimiento social, la misma conturbación, la misma amenaza, el mismo peligro, las mismas tiranías en acecho.

Pues bien: sea hoy la cultura, como ha sido ayer, heroica; y con el ejemplo de su vida y de su obra brille Renan—astro de primera magnitud—sobre la ruta de los espíritus libres que bregan, como él ha bregado, por el advenimiento de la verdad y de la justicia.

Clemente RICCI.